

XXIX.

Hacia ya mucho tiempo que Andras no habia recibido noticias de Varhely. Unicamente sabia que el Conde estaba en Viena. ¿Qué interés podría tener en permanecer en Viena? Ciertamente que si habia ido á aquella capital, fué llamado por Angel Valla, uno de sus amigos intimos.

En el ministerio de Negocios extranjeros de Austria habia sorprendido la llegada del conde Yanski Varhely, que sin duda venia de Francia con objeto de solicitar algun favor del ministro.

Los diplomáticos austriacos que se encontraban allí presentes, se sonrieron al oír el nombre del antiguo combatiente en la guerra del 48 y 49. ¡Por lo visto, la famosa fusion de los partidos, proclamada en 1873, sigue su marcha! No pasa dia sin que se acoja á su bandera algun recalci-trante.

«Ahí tenemos á ese Varhely, que si en otro tiempo se hubiera atrevido á pisar el Austria-Hungría, al momento hubiera sido encerrado en el cuartel de Carlos, destinado para cárcel de los presos políticos, y á quien hoy nadie impide pasar su tarjeta al ministro del Emperador, dando lugar á que llegue un dia en que se vea juntos á este ministro y al antiguo comandante

de los húsares brindando por el porvenir de la Hungría.

—«No deja de ser gracioso lo que se está viendo actualmente!—se les oía decir á los diplomáticos austriacos puros.

El ministro á quien Yanski Varhely pedia audiencia, el excelentísimo señor conde José Ladany, habia mandado antiguamente una legion de estudiantes magyares muy temida por los granaderos de Paskiewisch en Hungría. Después de haber amenazado marchar sobre Viena, los soldados de José Ladany habian tenido en jaque varias veces á los granaderos y cosacos del feld-mariscal.

Entusiasta y muy exaltado en aquella época, cubriendo su hermosa y arrogante cabeza de veinte años con el gorro nacional adornado con rica pluma de garza real, Ladany hacia la guerra como patriota y como poeta, recitando versos de Petosfido las noches de campamento, y caminando á los combates como quien va á un baile.

Estaba soberbio á la cabeza de sus estudiantes—Varhely lo recordaba perfectamente—y con su rubio bigote retorcido, más de un corazoncillo de las patriotas húngaras habia hecho latir durante aquella campaña.

Varhely tenia verdadero placer en encontrarse nuevamente con su compañero de fatigas, con su vecino en las batallas. Se acordaba de la tarde que se verificó una accion en la cual sus húsares, á pesar de tener que maniobrar en un terreno lleno de hoyos, por entre viñas cubiertas

de estacas y de otros obstáculos, habían sacado del apuro en que se hallaba á la legion Ladany, acosada por dos batallones de infantería rusa.

A aquel intrépido José se le veía de pié sobre uno de sus cañones, que por falta de carga no podía hacer fuego, con el sable en alto, dirigiendo la retirada de sus compañeros. ¡Ah! ¡qué valiente estuvo en aquella ocasion Ladany y con qué alegría había estrechado su mano Varhely pocos momentos antes!

El antiguo jefe de legion debía sin duda haber envejecido terriblemente. En la actualidad vendría á ser un hombre de cincuenta y cinco á cincuenta y seis años. Pero Varhely estaba persuadido, estaba cierto de que, aun siendo ministro, José Ladany conservaría el ardor y entusiasmo generosos de otro tiempo.

Al atravesar los grandes salones que servían de paso al despacho del ministro, Varhely seguía viendo á Ladany, sable en mano, de pié sobre la pieza de bronce todavía caliente.

Un hujier le introdujo en un espacioso gabinete de aspecto severo, adornado con grandes jarrones y cuadros oficiales, representando uno de ellos al emperador y rey vestido de gran uniforme. Al pronto Varhely no había visto más que algunas butacas de estilo serio y una inmensa mesa de despacho recargada de libros, hasta que tras de aquellos volúmenes amontonados se levantó un hombre sonriendo y alargando la mano.

El antiguo husar manifestó su sorpresa al encontrarse en presencia de una especie de diplo-

mático inglés, correcto, calvo, con grandes patillas grises, sirviendo de marco á unos labios delgados, en los cuales apenas se marcaba un bigotito blanco bajo la recta nariz.

La admiracion de Yanski fué tal, que José Ladany hubo de decirle medio riendo:

—¡Qué! ¿no me reconocéis, mi querido conde?

La acogida que le hacia el ministro era muy favorable, y su tono afectuoso, sin embargo, no podía negarse que en toda su persona había algo del diplomático, algo de frialdad, que tenía á Varhely estupefacto. Viéndolo en la calle, jamás hubiese reconocido en aquel elegante y orgulloso personaje, flaco, como si fuese ceñido, al moceton de rubios cabellos y fino bigote que en otro tiempo cantaba al andar á sablazos.

No obstante, preciso era convenir en que era Ladany; aquellos ojos transparentes eran los mismos que en otro tiempo dominaban á su legion con una sola mirada. Unicamente su pupila se ocultaba con mucha frecuencia tras de los párpados medio cerrados intencionalmente, permitiéndole filtrar por entre sus pestañas una mirada que profundizaba, escudriñaba, adivinaba. El soldado se había hecho diplomático.

—¡Había olvidado que todo esto pasó hace ya más de treinta años!—pensó Varhely con cierta tristeza.

Mostrando una correcta amabilidad, el ministro hizo que el viejo Varhely se sentase en uno de los sillones destinados á los pretendientes. Luego, con una sonrisa afectada, la sonrisa de cancillería, le preguntó por su vida, por sus

amigos, por Zilah, le habló de París, y con una gracia especial llevo hábilmente la conversacion adonde se habia propuesto, ó sea á que Varhely confesara qué era lo que pretendia del ministro del emperador de Austria.

Poco á poco Varhely se fué animando. Aquel José Landany le parecia que seguia siendo moralmente el mismo. Sus rubios cabellos habian desaparecido, su bigote lo tenia recortado, pero su corazon continuaba joven y, sin duda, húngaro; si no el corazon, por lo menos el pensamiento.

No le costó gran trabajo á Varhely explicar el objeto que le llevaba á Viena, esponiéndolo con franqueza y resueltamente, del mismo modo que en otra época atacaba al enemigo, en compañía de aquel valiente que habia llegado á ser ministro.

—Podeis—le dijo bruscamente—prestarle un servicio... un gran servicio... En mi vida pedí á nadie nada... Sin embargo, he hecho este viaje para pedirlos... para suplicaros que...

—Decid, mi querido conde. Espero que vuestros deseos podrán realizarse.

Estas palabras las pronunció ya en un tono más frio, ó si se quiere más oficial.

—¡Bien!—replicó Varhely;—lo que de vos pretendo, en recuerdo del tiempo en que nosotros éramos compañeros de armas—el ministro hizo entonces un movimiento nervioso y rápido, llevándose las manos á sus patillas—es... la libertad de un hombre á... sí... de un hombre á quien vos conoceis.

—¡Ah! ¡Le conozco yo?—dijo el conde José.

Ladany, sentado en su poltrona ministerial, con las piernas cruzadas, juntas las manos ó inclinada la cabeza ligeramente, examinaba el rostro de Varhely, que atrevidamente le miraba de frente.

Habia verdadero contraste entre aquéllos dos hombres; el soldado, bigotudo y cual si hubiera encanecido á caballo, y el canciller, elegante y de maneras sociales; dos camaradas de antaño que juntos habian oido silbar las mismas balas.

—Esto es lo que deseo—añadió Varhely.—Me interesa en sumo grado que uno de nuestros compatriotas... preso en Varsovia actualmente, según creo... más claro, detenido en Varsovia hace poco tiempo... sea puesto en libertad... Tengo en ello absoluto interés—repitió Yanski, cuyos labios se habian puesto blancos como su bigote.

—¡Oh!—replicó el ministro—apuesto á que sé de quién me hablais.

—Del conde Meuko.

—¡Justo!... En efecto, Meuko ha sido detenido por la policia rusa en el momento en que se dirigia á casa de un tal Labanoff... ó Ladanoff... una cosa así como un nombre húngaro escrito en ruso... Ese Labanoff, que no hace mucho residia en París, se sospecha que ha tomado parte en un complot contra el czar... No es nihilista, pero es de los descontentos. Además, es una cabeza trastornada... En resumen, que el conde Meuko parecia aliado, no se sabe cómo, de ese Labanoff... Se dirigia á Polonia para juntarse con el ruso, y por lo visto la policia le ha puesto la mano en

cima. Por mi parte no negaré que creo acertada esta medida.

—Tampoco yo,—dijo Varhely,—pretendo discutir los actos de la policía rusa, al defenderse ó defender al czar. Lo que quiero de vos, es que gestioneis diplomáticamente con el gobierno ruso el que Meuko sea puesto en libertad.

—¿Tanto os interesa Meuko?

—Mucho—replicó Yanski en un tono que al ministro le pareció algo extraño.

—De modo que—preguntó el conde Ladany con una calma estudiada—deseais...

—Que mandeis una nota al embajador de Rusia pidiendo la libertad de Meuko... Angel Valla, recordareis, el antiguo ministro de Manin...

—Sí,—ya sé—dijo el conde José, sonriendo siempre de cierta manera.

—Ha sido quien me ha dado la noticia de la detencion de Meuko, cuya salida de París había yo sabido, y al que tengo verdadero empeño en encontrar donde quiera que se halle... La embajada italiana en París le enteró á Valla del hecho de ese Labanoff, y de la complicidad real ó aparente de Miguel Meuko... Sin perder tiempo me dió cuenta de lo que ocurría... Y como este amigo y yo estamos poniendo en juego todos los medios para conseguir de las autoridades moscovitas la libertad del tal Meuko, cosa que yo sé que no es muy fácil, nos hemos acordado de vos y me he presentado á V. E. como si me presentara al jefe de la legion de estudiantes reclamando su auxilio en el momento del peligro.

Yanski Varhely no tenia nada de diplomático,

y la franqueza con que apelaba á los recuerdos de la época pasada, causaban en la epidermis del ministro un cosquilleo desagradable, que el conde Ladany sabia no dar á conocer.

El ministro estaba enterado detalladamente del hecho ocurrido en Varsovia. En él andaba mezclado un húngaro, y un húngaro del valor y de la categoría del conde Meuko, así es que era muy natural que en seguida lo hubieran comunicado al gobierno de Austria-Hungría.

Seguramente, no había en contra de Meuko pruebas de una complicidad material efectiva; pero como había dicho el ministro Ladany, resultaba evidente que iba á reunirse en Polonia con Labanoff, puesto que se había interceptado un aviso dirigido por el ruso al conde en este sentido. Una vez juntos, pasado algun tiempo marcharian á San Petersburgo. Labanoff tenia relaciones sospechosas con el ejército ruso; varios oficiales de artillería, condenados á trabajos en las minas se había probado que eran intimos amigos suyos.

—El asunto es grave—dijo el conde José.—No es cosa, por un caso especial, de exponernos á tener un cambio de notas enojoso con una nacion... con la cual sostenemos relaciones que tantas otras, ya adivinareis, mi querido Varhely, á cuales me refiero, procuran hacer difíciles... Y no obstante, quisiera complaceros... Os aseguro que deseo...

—¿Y si no se consigue la libertad de Menko, qué es lo que harán de él?—preguntó Yanski.

—¡Oh! ¡oh! podrá ser que haga el viaje á

la Siberia, á pesar de su calidad de extranjero.

—¡A la Siberia! Eso está muy lejos, y de allí no vuelven—replicó Varhely con voz ronca.—Yo no sé lo que daría porque ese hombre estuviese en libertad.

—¡Tan fácil como le hubiera sido no dejarse atrapar por los polizontes rusos!

—Si, pero el caso es que está preso. Y que, os lo repito, lo que vengo á reclamaros... el pedir un rescate semejante, ¡qué diablo! no es ni una amenaza ni un *casus belli*.

Yanski se detuvo, viendo que el ministro hacía un gesto para que se sosegara.

—No—dijo el conde José, haciendo sonar la lengua contra su paladar—pero es embarazoso... embarazoso... ¡Demonio de Menko!... ¡Es una cabeza destornillada!... ¡A quién se le ocurre dejar la carrera diplomática para meterse en aventuras! El no debe ignorar, sin embargo, que el caso en que se encuentra es... ¿cómo diré?... embarazoso... muy embarazoso... Yo quisiera verle y que tuviera que redactar élla nota. ¡Si, ya veríamos cómo lo hacía!.. Seguramente no se ha propuesto conspirar... No es más que un descontento, un descontento, ni más ni menos, efecto de su exaltada imaginación... ¡Tan buena carrera como hubiese hecho si hubiera continuado en nuestras embajadas!... ¡Váyase al diablo!... ¡Ah! mi querido conde, esto es muy enredoso... muy enredoso...

Y el ministro repetía esta palabra con marcado disgusto, pero sin faltar á las convenien-

cias sociales, como diciendo: «¡Váyase al diablo!» Se observaba que no quería comprometerse desde luego con Varhely. Prometía ver detenidamente el expediente del asunto, pediría por telégrafo informes á Varsovia y á San Petersburgo, y estudiaría sin levantar mano lo que el llamaba el caso de Miguel Menko... «enredoso, completamente enredoso», y antes de veinticuatro horas contestaría á Varhely.

—Tiempo que podreis emplear en recorrer Viena, querido conde... Viena está muy variada... ¿Habeis visto la Opera? ¡Es soberbia!... Precisamente se acaba de exponer en ella un cuadro nuevo de Hans Makart... Encontrareis muchas cosas nuevas... No dejéis de visitar el estudio del pintor, que lo merece... Euseo deciros que para todas esas pequeñeces y curiosidades me teneis á vuestra disposición...

—¿Hay aquí establecidos algunos de nuestros amigos?—preguntó Yanski.

—Si, si—replicó el ministro con amabilidad. Pero todos son ó diputados ó catedráticos de la Universidad ó consejeros de Administración... ¡Ah! ¡esto ha cambiado mucho!

Entonces Varhely quiso saber si alguno de aquellos á quienes no olvidaba, habían «cambiado», como decía el ministro.

—¿Qué es de Armando Bitto?

—Murió. ¡Muy pobre!

—¿Y Ovody, aquel teniente de Georgel que tan heroicamente se portó en el asalto de Buda? Yo le creí muerto al verle con aquel balazo en cara.

—¿Ovody? Está de director del Banco Magyar; es quien se ha encargado de negociar, por cuenta del ministro, la conversion de la renta húngara del 6 por 100. Se halla en relacion con los Rothschild. Tiene un castillo cerca de Presburgo, y no sé cuántos miles de florines de renta. Es muy aficionado á los cuadros, y muy amable en su trato.

—¿Y Hieronymy Janes? ¡Qué bien redactaba las proclamas llamando á las armas?... Kossuth le quería mucho.

—Está escribiendo, en colaboracion con Maurice Jokai, un libro que trata de la monarquía austro-húngara, libro editado con lujo bajo la proteccion del archiduque Rodolfo. El redactará sin duda la parte que se refiere á los países que pertenecieron á la corona de San Esteban.

—¡Ah, ah!... no le faltará qué decir cuando llegue á tener que relatar la campaña de Raab, llevada á cabo contra el mismo Francisco José en persona. Porque, precisamente, ya lo recordareis, era él quien mandaba las fuerzas del Raab.

—Sí, él era—replicó el ministro.

Y añadió sonriendo:

—Bah, la historia puede retocarse y dejarla como convenga!... ¡Una variante de Moliérel... La narracion de Janos resultará muy bien... hecha... muy bien...

—No lo dudo. ¿Y Ferency Szilogyi escribe tambien obras bajo la direccion del archiduque Rodolfo, el príncipe heredero?

—No... no... Es presidente del tribunal de apelacion... ¡Excelente magistrado!...

—¿El, que era un husar?...

—¡Ah! se varía el uniforme; el suyo estará durmiendo, conservando el alcanfor, en un armario... No tiene más que un defecto Szilogyi, es acérrimo semítico...

—¿Liberal?

—Detesta á los israelitas y lo da á conocer demasiado... A veces es un obstáculo; pero existe una circunstancia que le disculpa: ¡está casado con una judía!

Todo esto era dicho en tono ligero, desdeñoso y con ingenioso escepticismo.

—En el fondo, quizá el más dichoso de todos sea Armando Bitto con haber desaparecido del mundo ¡El ha *acabado* más pronto!

Y á seguida, con su amable sonrisa en los labios, dijo á Yanski alargándole la mano, aquella mano delicada de diplomático que en otro tiempo había blandido el sable en los campos de batalla:

—Mañana comeremos juntos, mi querido Varhely, ¿aceptais, verdad?... Es tan grato volver á verse... Además, que será probable que pueda daros alguna noticia de vuestro asunto... Asunto que con mucho gusto... con mucho gusto tendré presente... Quiero tambien presentaros á la condesa... Pero os ruego que no hagais ninguna alusion delante de ella referente al pasado...

Es española... De ideas rancias... Quizá no comprendiera bien... Kossut, Beni Georgei, todo esto le sorprendería... le sorprendería... Fio en vuestro tacto, Varhely... Y luego que estas cosas son tan antiguas... tan antiguas... ¡Paz á los

muertos, y aun cuando todavía vivan!... Estamos de acuerdo, ¿no es cierto?

Yansky Varhely salió algún tanto aturdido de aquella visita. Jamás se había creído tan viejo y pasado de moda en la vida moderna. Tanto el príncipe Zilah como él parecía como si fuesen dos de sus antepasados. Unos Don Quijotes, unos románticos, unos testarudos, unos imbéciles. En cambio el ministro era lo que el *reporter* Jacquemin llamaría un *picaro*, que sabía tomar el tiempo conforme venía y dejaba en paz a los espectros. Tal vez Ladany estaba en lo firme.

—Por lo visto—decía por lo bajo, riéndose, el antiguo húsar—hay la edad del bigote y la edad de las patillas; á esto se reduce todo... Ladany ha hecho más: ha sabido hallar un medio para volverse calvo. ¡Había nacido para ministro!

Es verdad que á él le importaban poco aquellos recuerdos de la juventud encontrados bajo nuevos rasgos, como un amor pasado, al que se da nueva vida por medio de un artificio cualquiera. Si el conde Jose Ladany arrancaba á Miguel Meuko de la policía rusa, y poniéndolo en libertad se lo entregaba á Varhely, éste nada tenía que decir del ministro. Por lo menos su paso por el ministerio reportaría alguna utilidad.

XXX.

Las negociaciones entabladas en Varsovia debían, por lo demás, detener en Viena á Yanski Varhely mucho más tiempo del que éste hubiese querido, no obstante la actividad y celo desplegado por el conde José, en sus gestiones cerca del gobierno ruso, reclamando la libertad de Meuko. La misma tarde que, en medio de una afectuosa intimidad, sentó á comer en su mesa á su antiguo camarada, le prometió poner en juego todos los medios que fueran precisos para obtener lo que Varhely deseaba.

—Si llego á conseguirlo, os pido únicamente que reprimáis con severidad á ese loco... Como volviese á ser cogido, no habría quien le librara de ir á la Siberia.

Varhely no respondió una palabra, pero ante la idea de que Miguel Meuko pudiera estar libre, veía pasar por sus ojos rojizos relámpagos. En aquella insistencia con que el conde Yanski reclamaba la libertad de Meuko, había algo del encarnizamiento del cazador persiguiendo una pieza. Esperaba á que Miguel saliera de la fortaleza como se acecha la salida de un conejo de la madriguera.

—En el caso de que le dejen en libertad, ¿po-

dremos saber adónde vá á parar?—Preguntó Varhely al ministro.

—Es más seguro que el gobierno del czar le señale el camino que deba seguir. Y siendo así, se os avisará oportunamente.

El conde Ladany no manifestó deseos de saber cuál era el móvil que guiaba Yanski para que con tal persistencia se interesára por la libertad de Merko. Le bastaba que su antiguo compañero de armas la pretendiese y que fuera posible alcanzarla.

—Ya veis le decía una mañana el ministro á Varhely—cómo todo se aprovecha en este mundo... Quizá me censurarias al tener noticia de que habia aceptado un destino del emperador de Austria. ¡Y, ved lo que son las cosas! Si en este momento no sirviese al emperador, no podría serviros como lo hago.

Durante su permanencia en Viena, Varhely estaba al corriente, día por día, de cuanto ocurría en París. No escribía al príncipe Zilah á fin de que éste no trasluciese lo más mínimo del secreto que tenia entre manos; pero Angel Valla, que habia quedado en Francia, le participaba, ya fuese por carta ó ya por telégrafo, si el caso lo exigía, todo lo que al príncipe afectaba.

Marsa Laazlo habia salido de la casa de salud del Dr. Sims. Desapareciendo el estupor en que estaba postrada, habia renacido en ella la conciencia de sus actos, y, tranquila, vivía en su casa de Maissons-Laffitte.

La desgraciada salía de aquella tremenda crisis, que la habia como aniquilado, con el disgus-

to atroz que alguna vez experimentamos al sentir de nuevo el pesado yugo de la vida despues de una noche de olvido sumidos en el más profundo sueño. Aquel estupor, que muy bien pudo haberla consumido, haberla arrebatado, y aquella fiebre que la devorara, le parecían ahora dulces y envidiables comparables con aquel castigo: *Vivir!*... ¡Vivir y pensar!

Y no obstante, deseaba vivir para ver de nuevo á Andras, cuya mirada, fija sobre ella, habia como reanimado en su ser la apagada luz intelectual. Quería vivir despues de haber recobrado la percepcion, despues de haber salido de aquel estado de locura, gracias á la prueba puesta en juego por el doctor Fargeas; quería vivir para arrancar al príncipe una palabra de perdon. No era posible que su existencia terminase bajo la maldición de un hombre como aquel. Esperaba que si alguna vez se encontraba en presencia de Zilah, de su alma se escaparían gritos desesperados de súplica que hasta de una piedra serian capaces de obtener la absolucion.

Ciertamente que ella se lo repetía á todas horas con insistencia, desde que el suplicio de pensar y de sentir la atormentaba; habia sido una infame tambien, casi tan criminal como Meuko, callándose, engañando; ¡jengañar! ¡jella, que aborrecía la mentira! Pero quería que el príncipe se penetrase de que el móvil de su conducta habia sido el amor hácia él. Si, tan solo el amor. ¡Y qué amor! desatinado y á la vez sincero. No era otra la causa de su imperdonable traicion. Ninguna otra. Y seguramente él no le daría crédito

en aquellos momentos. Debía acusarla de algún cálculo mezquino, de ambiciosa, de vil intriga. Confiaba en que si pudiese verle nuevamente, aunque fuese solo un minuto, sabría probarle que en su alma no había más que la exaltación de su frenética pasión por el héroe, por su amor.

—Que sepa esto, al menos, y que huya de mí para siempre. ¡Para siempre! ¡Pero que no me desprecie, como parece despreciarme, más que á la última de las cortesanas!

Esta esperanza era la que por el momento le hacía grata la vida. Al salir de la crisis cerebral se hubiera dado muerte á no ansiar aquella nueva entrevista en la que se proponía mostrar completamente el fondo de su corazón. Pero, no atreviéndose á presentarse delante de Andras, ni teniendo siquiera el pensamiento de ir á buscarle, resuelta á esperar allá en su soledad, más salvaje aun que en otro tiempo—una ocasión cualquiera, una oportunidad casual, pensó en Yanski Varhely como el mejor intermediario de quien se podía valer.

Por medio de Varhely podría hacer saber á Andras cuanto ella deseaba que su marido—¡su marido! la frase la hacía estremecer de vergüenza cuando acudía á su imaginación—supiese todo lo relativo á la causa de su crimen. Con este objeto escribió al viejo húngaro. No habiendo tenido contestación, un día salió de Maisons y se fué directamente á casa de Varhely. Allí no sabían dónde se hallaba «el señor conde», pero Mr. Valla podía encargarse de hacer

llegar á sus manos las cartas que le dirgiesen. Entonces se trasladó á casa del italiano á quien suplicó que remitiera á Varhely una especie de confesión general, en la cual impetraba su apoyo para alcanzar del príncipe la tan deseada entrevista. La carta llegó á manos de Yanski hallándose este en Viena. Contestóle de una manera fría; pero, ¿qué le importaba esto á Marsa? No era el rencor de Varhely, sino el desprecio de Zilah lo que ella temía.

Insistió de nuevo, suplicando á Varhely, en una carta en la cual se desbordaba toda su alma, que volviera, que estuviese á su lado cuando ella fuese á espresar al príncipe todos sus remordimientos, aquellos remordimientos que la mataban, que convertían su odiosa belleza en algo parecido á un espectro, puesto que en la esposa de Andras solo los ojos, encendidos por la fiebre, revelaban la vida de aquel ser.

Había tal sinceridad, acentos tan desesperados y desgarradores en aquellas cartas en las cuales se retrataban fielmente los sollozos de una conciencia, que insensiblemente y á despecho de su ruda corteza difícil de ablandar, el soldado, más accesible á la emoción de lo que él quería aparecer, no pudo menos de refunfuñar:

—¡Vaya, vaya!... Sufre. Esto ya es algo.

Escribió á Marsa que no regresaría hasta dar por terminado un plan que se había impuesto como un mandato y sin estenderse en explicaciones, daba fin á su carta con estas palabras, que en la imaginación de la tzigana aparecían como un enigma y como una vaga esperan-

za, inesplicable, pero acariciada con vehemencia:

—¡Y desead que vuelva pronto!

Al dia siguiente de salir esta carta para Maissons-Laffitte, Varhely recibió aviso del conde Ladany para que fuese á verle en seguida.

El conde José le mostró un despacho telegráfico. En él el ministro de Negocios Extranjeros de Rusia participaba á S. E., su colega en Viena, que S. M. el czar accedia á dejar en libertad al conde Meuko, complicado en el asunto Labanoff. Indudablemente Labanoff saldría para la Siberia el mismo día que el conde recibiera el pasaporte con la correspondiente escolta para acompañarle hasta la frontera. El conde Meuko habia elegido á Italia como punto de residencia. El mismo dia que se habia expedido el telegrama para su excelencia, emprendia Miguel su marcha con direccion á Florencia.

—¡Bien, mi querido ministro!—dijo con viveza Varhely.—Un millon de gracias. Y despues de expresaros mi gratitud, me despido. Yo tambien parto para Florencia.

—¿Inmediatamente?

—Inmediatamente.

—Llegareis antes que Meuko.

—Me urge—replicó Varhely sonriendo.

En cuanto salió del ministerio se fué al telégrafo y dirigió un telegrama á Angel Valla, en Paris. Le rogaba que viniera á reunirse con él en Florencia. Valla le tenia dicho y repetido con insistencia que dispusiera de él.

Varhely abandonó á Viena, seguro de en-

contrar en Florencia al antiguo ministro de Manin.

—Este no ha variado—se decia, pensando en José Ladany.

Y on|seguida confesaba que despues de todo, el antiguo jefe de legion hacia bien, y que sin él, seguramente se le habria escapado Meuko.

—Ladany ha tomado el tiempo como es; Zilah y yo lo queremos como debiera ser. ¿Quién tiene razon?

Y meditando mientras el tren le acercaba á Venecia, pensaba:

—¡Bahl era preferible vivir engañados, como vivian Zilah y él, y morir con un ideal incólume, como quien conserva, sin rendirla, la enseña de combate.

¿Morir?...

¡Sí! Quizá Varhely estaba cerca de la muerte; pero aunque asi fuese, deseaba impaciente llegar al término de su viaje, pareciéndole que el camino era muy largo y muy lenta la marcha de aquel tren.

En Venecia tomó el ferrocarril que va á Lombardia y despues á Toscana.

Cuando llegó á Florencia, le esperaba ya Angel Valla.

Aquel buen amigo habia adquirido ya todas las noticias que necesitaba respecto á Miguel Meuko. Antes de que fuese á Londres el joven expdiplomático, á su vuelta de Pau, despues de quedar viudo, habia vivido retirado una temporada en Pistoja, en una casita á la cual vendria á encerrarse, sin duda, al abandonar á Varsovia.

Aquella casita, edificada al extremo de una vertiente y rodeada de cien olivos, se encontraba yendo por el camino de Florencia. Meuko habia pasado en ella algunos meses en la más profunda soledad, á puerta cerrada y vi- viendo allí como en una cueva.

Era indudable que el conde iria á parar allí nuevamente. Varhely y Angel Valla esperarían en el hotel. De la misma manera que le parti- paron anteriormente el retiro de Meuko á Pistoja, le prometían ahora á Valla avisarle de la llega- da del jóven conde. Un amigo suyo de Venecia que vivía en el pueblecillo se habia encargado de esto.

Efectivamente, tres días despues de llegar Varhely, se presentó en Pistoja Miguel Meuko.

—Mañana—dijo Yanski—tendreis la bondad de acompañarme á casa de Meuko, mi querido Valla.

—Con mucho gusto—respondió el italiano.

La casa que habitaba Meuko estaba á bastante distancia de la estación del ferro-carril.

De la puerta que habia en la verja del jardín habian arrancado la campanilla, lo cual demostraba que su dueño no queria ser molestado. Fué preciso que Varhely golpease con sus rudas manos, para que vinieran á abrir. El criado que se presentó era un húngaro que todavía no habia dejado el sombrero nacional, de ala recogida.

En ausencia del conde era él quien cuidaba de la casa.

—Mi amo no está visible—respondió cuando Yanski le hubo preguntado por el conde Meuko.

—Varhely habia hablado en italiano.

—Ve á decir á Meuko Mihaly—dijo expresándose en lengua húngara—que es el conde Varethly quien viene á verle de parte del príncipe Zilah.

El criado volvió entónces muy de prisa, y franqueando la puerta, Yanski Varhely y el italiano Valla se encontraron á los pocos minutos en presencia de Miguel Meuko.

Varhely no le hubiera conocido.

Aquel jóven elegante, de bizarra apostura y valsador esbelto, habia envejecido mucho en poco tiempo; en sus sienes abundaban las canas; el poco pelo que le quedaba lo llevaba largo y echado atrás, sin aquel esmero habitual en el antiguo agregado de embajada. La barba corrida, cubriendo la demacración de su rostro, no dejaba ver aquellas antiguas guías de su hermoso bigote.

Miguel vió entrar en el salón en que se encontraba á Varhely, más blanco que sus cabellos, como si viesse venir hácia él una cosa esperada, un espectro, un castigo que no le cogía de sorpresa. Permaneció impasible y con los ojos encendidos, efecto de la fiebre.

Yanski se fué derecho hácia el jóven, que se mantenía de pie, en tanto que Angel Valla, muy conmovido, se pasaba maquinalmente la mano por su barba recién afeitada.

—Caballero, hace dos meses—dijo Varhely, que esperaba impaciente este momento.—Supongo que no dudareis de que os he buscado.

—No he pretendido ocultarme—repuso Meuko.

—Siendo así, yo me pregunto: ¿qué es lo que buscabais en Varsovia?

—El olvido—dijo el joven en tono triste.

Aquella sencilla palabra, la misma palabra de Zilah, que Varhely oyó indiferente, causó á Valla singular impresion. Veia en ella el abatimiento irresistible de los remordimientos.

—El mal que vos habeis causado no se olvida—dijo Yanski.

—No será mayor que lo que yo he sufrido.

—Me hicisteis cómplice de la infamia más cobarde que puede cometer un hombre. Vengo á pedir os cuenta de ello.

Ante aquel ultraje Miguel bajó los ojos; su rostro demacrado se puso descolorido; un súbito temblor agitó su labio inferior; pero no contestó una palabra. Miró friamente á aquel anciano de bigotes grises, y pasado un momento, dejó caer, una á una, estas palabras:

—Estoy á vuestra disposicion para todo cuanto querais pedir... exigir—dijo, recalcando la frase.—Únicamente he de aseguraros que nunca me propuse mezclaros en un acto que yo consideraba como una cruel necesidad... Quería vengarme... Pero quería que mi venganza no llegase demasiado tarde... y cuando quise impedir el error, era ya irreparable.

—No os comprendo bien—replicó Varhely.

Miguel Meuko miró á Valla como preguntando si en presencia del antiguo ministro podia decirlo todo.

—Mr. Angel Valla recordais que fué testigo de la boda del principe Andras Zilah—dijo Yanski.

—Conozco á este caballero—replicó Miguel. Y saludó.

—¡Pues bien!—dijo bruscamente dando á sus palabras un tono inesperado;—habia un hombre á quien yo admiraba, á quien respetaba y á quien quería. Sin él saberlo, aquel hombre me arrebató la mujer que habia sido la locura, la ilusion y el martirio de toda mi vida. Hice cuanto pude para que aquella mujer no llevase jamás el nombre de aquel á quien en tal estima tenia.

—Enseñásteis al Principe las cartas recibidas de aquella mujer, y esto lo hicisteis cuando la tzigana era ya princesa Zilah.

—Ella me habia arrojado á sus perros como una presa. La rabia me volvió loco. A mi vez quise arrebatarle sus ilusiones. Di á mi criado aquellas cartas con la orden expresa de llevarlas al Principe la víspera del dia en que debia firmar el contrato. A la misma hora en que yo me alejaba de Paris, aqueilas cartas debian llegar á manos de quien tenia derecho á conocerlas cuando aun tenia tiempo para negar su nombre á tal mujer.

—¿Y bien?

—El criado no obedeció ó no me habia comprendido. Os lo aseguro por mi honor. Aquellas cartas estuvieron en poder del criado veinticuatro horas más de lo que yo habia dispuesto. Esta circunstancia hizo que no fuese ella la castigada, sino que el golpe descargara sobre el hombre por quien yo hubiese sido capaz de matarme.

—Es verdad—dijo friamente Varhely—vuestro proceder tuvo esta fatalidad. El lacayo no entendió bien vuestras órdenes. Pero no por eso el acto que llevásteis á cabo dejaba de ser propio de un cobarde. ¡Empleábais como un arma para vuestros fines las cartas de una mujer! ¡Y de qué mujer! de aquella á quien habíais engañado, prometiéndola dar un nombre que ya no os pertenecía.

—¿Habeis venido para defender á Mlle. Marsa Laazlo?—preguntó Miguel con cierta altanería.

—He venido para defender á la princesa Zilah y para vengar al príncipe Andras. Y sobre todo, he venido á hacerlos pagar la accion indigna de haberme tomado por instrumento de una villanía.

—Lo siento de veras...—respondió profundamente Miguel Meuko.—Estoy, pues, á vuestras órdenes.

El tono de aquella repuesta no admitia réplica.

Despues se separaron.

Angel Valla buscó, para que le acompañase como testigo de Varhely, á un secretario de la embajada de Italia, á la vez que dos oficiales de *benaglien* de la guarnicion de Florencia lo eran del conde Meuko.

El italiano, inquieto y nervioso, repetía á Varhely:

—Todo esto está bien... *ma*.

—¿Pero qué?

—¿*Ma* si os matase? La razon es la razon, ya lo sé... ya lo sé... *ma* las balas no siem-

pre van ¡precisamente por donde debieran....

—Bueno—respondió Yanski Varhely—vos os encargareis, mi querido Valla, de hacer saber al príncipe cómo ha defendido el honor suyo su antiguo amigo Varhely, y al mismo tiempo de señalar el punto en que el conde Meuko se ha refugiado... Voy á intentar vengar á Zilah. Si no lo consiguiera, *teremete*...—dijo jurando á lo húngaro—él se encargará de vengarme; á esto se reduce todo. ¡Vámonos á cenar!